

15 de Agosto de 1906. Año III. N.º 64.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.º Apartado en Correos núm. 336.



Servicio de la Benemérita. - Instrucción de un atestado.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

El mundo es demasiado pequeño para que los héroes—de cualquier clase que sean—no se encuentren, sobre todo cuando uno de ellos lo desea, y éste es Arsenio Lupin. El lector hallará una prueba de ello en el relato de esta extraña aventura, en la que el ilustre aventurero halla un adversario digno de él.

Serían las tres de la madrugada, cuando se abre la puerta de uno de los hotelitos de pintor que componen el único lado del boulevard Berthier y aparece un grupo de invitados, hombres y mujeres, los que subiéndose en los pocos coches estacionados allí, desfilan á derecha é izquierda, no quedando en el boulevard más que dos caballeros que se dirigen á la esquina de la calle de Courcelles, donde habita uno de ellos, siguiendo el otro á pie hacia la puerta Maillot.

Atraviesa la avenida Villiers, y continúa su camino por el andén opuesto á las fortificaciones. Aunque la noche es muy fría, este señor nota gran placer en pasear; sus pasos resuenan alegremente.

Al cabo de unos momentos sufre una impresión desagradable, pues al volverse, ha notado que un hombre que le seguía intentaba deslizarse entre los árboles. Aprieta el paso con el fin de llegar lo antes posible á los derechos de puertas, pero al ver que el misterioso perseguidor echa á correr en su dirección, resuelve hacerle cara y saca el revólver de su bolsillo. Inútilmente, pues el desconocido le asalta violentamente y se entabla una lucha cuerpo á cuerpo, con gran desventaja suya. Pide socorro, se defiende como puede y por fin es echado contra un montón de piedras, con la garganta oprimida y amordazado con un pañuelo que su adversario le mete en la boca. Sus ojos se cierran, sus oídos zumban y pierde el cono-

cimiento... cuando, de pronto, el apretón cesa, y el hombre que le sofocaba con su peso se levanta para defenderse de un ataque imprevisto.

Un bastonazo en las muñecas, un puntapié en los tobillos... y el hombre, profiriendo juramentos y exclamaciones de dolor, se aleja cojeando.

Sin dignarse perseguirle, el recién llegado se inclina y dice:

—¿Está usted herido, caballero?

El caballero no está herido, pero sí muy aturdido é incapaz de tenerse en pie. Por fortuna, uno de los empleados en los derechos de puertas llega atraído por los gritos y es enviado á buscar un coche, en el que se dirigen el señor y su salvador á casa del primero en la avenida de la Grande-Armée.

Una vez en la puerta, se confunde en agradecimiento.

—Le debo la vida, caballero; esté usted seguro de que nunca lo olvidaré. No quiero asustar á mi mujer en este momento, pero tengo vivos deseos de que ella misma le exprese su reconocimiento.

Le invita á almorzar y le da su nombre: Ludovico Imbert, y añade:

—¿Puedo saber á quién tengo el honor?...

—Con mil amores—acaba el otro—: soy Arsenio Lupin.

Cómo los grandes hombres llegan á sus fines.

Arsenio Lupin no tenía por entonces hacía cinco años que descansaba—aquella celebridad que le valieron su evasión de la Santé y demás hazañas retumbantes. Al despertar y acordarse de la invitación de la víspera, sintió una gran alegría. ¡Por fin llegaba á su objeto! Los millones de Imbert. ¡Buen golpe para un apetito de cinco años!

Se vistió de una manera especial: levita raída, pantalón lustroso, sombrero de seda algo pardo, puños y cuello de seda deshilachados; todo muy propio, pero revelando pobreza.

De esta suerte desciende la escalera de la habitación que ocupaba en Montmartre. En el tercer piso, sin pararse, llama con el puño de su bastón sobre una puerta. Una vez en la calle, se dirige á los bulevares exteriores y toma asiento en un tranvía, hecho lo cual, el inquilino del tercer piso, que iba tras él, toma asiento á su lado

Al cabo de unos instantes este hombre dice:

—¿Qué hay, patrón?

—Voy á almorzar.

—¿A almorzar?

—No lo creerás. Anoche arranqué á M. Ludovico Imbert de la muerte cierta que le preparabas, y como este señor es agradecido, me invita á almorzar.

—Según eso.. renuncia usted...

—Mi pequeño—dice Arsenio—, si he maquinado la agresión de anoche, si me he tomado el trabajo de pasear hasta las tres de la mañana por las fortificaciones y darte un bastonazo y un puntapié, á ti, á mi único amigo, no ha sido para renunciar con tanta facilidad.

—Pero los malos rumores que corren sobre la fortuna...

—Déjalos correr. Que la fortuna provenga del viejo Brawford, como ellos pretenden, ó de otra parte, no importa, lo importante es que la fortuna existe y será mía.

—Patrón, ¡cien millones!

—Pongamos diez ó mejor cinco. Hay gruesos paquetes de títulos en la caja de caudales. Dentro de poco pondré la mano en la cerradura.

—De modo que por el momento...

—Quieto hasta que te avise—dijo Arsenio apeándose del tranvía.

Cinco minutos después, Arsenio Lupin sube la suntuosa escalera del hotel Imbert y Ludovico le presenta á su señora. Gervasia era una buena mujer, redondilla, muy habladora; dispensa á Lupin una excelente acogida.

—He querido que seamos solos para festejar á nuestro salvador—dice.

Y desde entonces, se trata al *salvador* como á un antiguo amigo. A los postres, la intimidad era completa y las confidencias llevaban muy buen camino. Arsenio cuenta su vida, la de su padre, incorruptible magistrado, las tristezas de su infancia, las dificultades del presente... Gervasia, á su vez, cuenta á su invitado su matrimonio, las bondades del viejo Brawford, los cinco millones heredados, los obstáculos que retrasaron la toma de posesión, las discusiones con los sobrinos, los préstamos que habían tenido que aceptar á muy elevados intereses; «por fin, dice, ya los tenemos ahí, en la caja de mi marido».

Un ligero estremecimiento sacude á Lupin.

—¡Ah! están ahí - dice con la garganta seca

Las relaciones empezadas bajo tales auspicios, no podían terminar más que formando nudos estrechos. Interrogado hábilmente, Arsenio Lupin da á conocer su miseria, sus apuros, y en el momento queda nombrado secretario de los esposos Imbert, con el sueldo mensual de 150 francos. Continuaría viviendo en su casa, pero iría allí todos los días á trabajar, para lo cual se le habilitaría una habitación del segundo piso, precisamente encima del despacho de Ludovico.

Arsenio no tarda en apercibirse de que su cargo de secretario se asemejaba en un todo á una prebenda. En dos meses, apenas hizo nada, no fué llamado más que una vez al despacho de su amo, por lo tanto, no había podido ver la deseada caja, oficialmente, más que una vez. Sin embargo, no pierde el tiempo, pues hace varias visitas clandestinas al despacho y *presenta sus respetos* á la caja, que permanece siempre herméticamente cerrada. Está construída de un enorme bloque de acero fundido, tiene áspero aspecto y en ella no hacen mella ni las limas, ni las *pinzas monseñor*.

Arsenio Lupin toma las medidas necesarias y después de minuciosos sondeos al través de las paredes de su cuarto, introduce un tubo de plomo que va á parar al techo del despacho, entre dos resaltos de la cornisa. Por este hueco, tubo acústico y anteojo, se proponía ver y oir.

De esta manera, veía frecuentemente á los esposos conferenciar delante de la caja, consultando notas y registros. Cuando ellos hacían girar los cuatro botones que obraban sobre la cerradura, Arsenio ponía gran atención, para saber el número de dientes que pasaban. Acechaba sus gestos, espiaba sus palabras, pero no daba con la clave.

Un día, y en ocasión en que se encontraban Ludovico y Gervasia en el despacho y con la caja de caudales abierta, Arsenio desciende de su habitación, penetra en el despacho y hace como que se va precipitadamente, exclamando:

—¡Oh! perdonen ustedes, me he equivocado...

Pero Gervasia se precipita hacia la puerta y cogiéndole por un brazo le dice:

—Entre, señor Lupin. ¿No está usted en su casa?

La situación de Arsenio Lupin en aquella casa continuaba siendo sorprendente. En diversas ocasiones pudo notar que los criados ignoraban su nombre. Ludovico le designaba siempre así: «Advierta usted al señor...» «¿Ha venido el señor?» Hablaban poco con él, pero era tratado con todas las consideraciones debidas á un bienhechor. Una de las veces que Arsenio cruzaba por el vestíbulo, tuvo ocasión de oir á Gervasia que decía á unos caballeros: «Está hecho un salvaje. No tiene trato de gentes».

Arsenio, sin preocuparse poco ni mucho de tal concepto, prosigue la ejecución de su plan. Un acontecimiento precipita las cosas: la violenta campaña emprendida contra los Imbert por algunos periódicos. Arsenio Lupin asiste á las peripecias del drama, á la agitación de los dos esposos y comprende que si se retrasa, va á perderlo todo.

Por espacio de cinco días consecutivos, en lugar de marcharse á las seis, como tenía por costumbre, se encerraba en su cuarto y tumbado en el suelo, no cesaba de espiar el despacho de Ludovico, marchándose á media noche por la puertecilla del patio, de la que tenía una llave. El sexto día, después de cenar, Ludovico se instala en su despacho acompañado de Gervasia y se ponen á hojear los registros.

Transcurre una hora, después otra. Los criados suben al tercer piso á sus respectivos lechos y Arsenio se dice tranquilamente: «Vamos allá».

Abre la ventana que da sobre el patio; el espacio está obscuro, por la noche, sin luna y sin estrellas. Saca de su armario una escala de nudos que sujeta á la barandilla, y se deja deslizar suavemente hasta la ventana situada debajo de la suya. Sentado en la barandilla, permanece un momento inmóvil, escuchando. Tranquilizado por el silencio, empuja ligeramente las hojas, las cuales ceden perfectamente, pues Arsenio ha tenido la precaución de desencajarlas aquel mismo día. Con gran cuidado las entreabre más, hasta poder asomar la cabeza. Un rayo de luz se filtra por la juntura de los cristales mal cerrados y percibe á Gervasia y Ludovico sentados al lado de la caja.

Cambian pocas palabras y en voz baja, muy absorbidos por su trabajo. Arsenio Lupin calcula la distancia que le separa de ellos, establece los movimientos exactos que tiene que hacer para reducir á la impotencia al uno después del otro, sin darles tiempo á pedir socorro. Va á precipitarse, cuando oye á Gervasia que dice:

—Hace mucho frío. Voy á acostarme. ¿Y tú?

—Yo quiero acabar.

—¡Acabar! Tienes para toda la noche.

—No; una hora no más.

Gervasia se marcha. Pasa media hora. Arsenio empuja la ventana un poco más, los cristales se abren y Ludovico, viéndolos abiertos, sin duda por el viento, se levanta á cerrarlos. En un instante y sin hacerle el menor daño, Arsenio le en vuelve y ata la cortina alrededor de la cabeza, de tal manera, que no le ha dejado tiempo de ver á su agresor. No ha habido ni un solo grito, ni uno sola apariencia de lucha.

Precipitadamente, se dirige á la caja, coge dos carteras, las coloca debajo del brazo, desciende al patio por la escala, y una vez en la calle, se llega hasta un coche que hay parado á alguna distancia.

—Toma—dice al cochero—y sígueme.

Vuelve al despacho, y en dos viajes desaloja la caja. Después Arsenio sube á su cuarto, quita la escala, borra todo lo que pudiera comprometerle y se va en el coche. El golpe se había realizado.

Resultado inesperado.

Algunas horas después, Arsenio Lupin, auxiliado de su acompañante, opera el desvalijo de las carteras. Experimenta alguna decepción, pues la fortuna de los Imbert no era tanta como suponía. Los millones no solamente no se contaban por cientos, ni siquiera por docenas. Sin embargo, el total no era una cifra despreciable.

—Cierto—dice—que ahora se tropezará con grandes inconvenientes y será preciso vender los títulos á precio muy bajo. No importa, con estos primeros fondos, me propongo vivir perfectamente... y realizar algunos caprichillos extravagantes.

A la mañana siguiente, Arsenio Lupin piensa que nada le impide volver, como de costumbre, á casa de Ludovico, pero la lectura de los periódicos, le hace cambiar de opinión: Ludovico y Gervasia habían desaparecido.

Los magistrados procedieron con gran solemnidad á la apertura del cofre, en el que no encontraron más que lo que Arsenio dejó... poca cosa.

Para que nuestros lectores queden enterados del extraño fin que tuvo esta aventura, les vamos á hacer escuchar una conversación sostenida algunos días después por Arsenio y uno de sus íntimos.

Arsenio se pasea por su despacho y sus ojos brillan extraordinariamente.

—En suma—le dice su amigo—, este ha sido un bonito negocio. Lo que no se explica es la fuga de Imbert y su esposa. Era más sencillo decir: «Los cien millones estaban en la caja, ahora no están porque los han robado».

Arsenio no responde. Su amigo prosigue:

—¿Y no sientes por esos desgraciados alguna piedad?

—¡Yo!—dice Arsenio sorprendido—Remordimientos querrás decir. ¿No es eso?

—Llámale remordimiento ó arrepentimiento... ó un sentimiento análogo...

—Un sentimiento por esas gentes...

—Por gentes á quienes has robado una fortuna.

—¿Qué fortuna?

—Esos dos ó tres paquetes de títulos.

—¡Dos ó tres paquetes de títulos! ¿no es verdad? ¿Es ese mi crimen? Pero, querido mío, ¿no has adivinado todavía que esos títulos son falsos? ¿entiendes? ¡Falsos!

Su amigo le mira con extrañeza. Arsenio prosigue con mucho coraje:

—¡Falsos! ¡Archifalsos! las obligaciones, la villa de Paris, los fondos del Estado, papeles, nada más que papeles. ¿Y quieres que tenga remordimientos? ¡Ellos son los que deben tenerlos! ¡Ellos, que me han engañado como á un bobo! ¿Sabes el papel que he desempeñado en este negocio, ó mejor dicho, el que me han hecho desempeñar? ¡El de Andrés Brawford! ¡En pago de haberlo librado de los *apaches* que quisieron asesinarle una noche, me hace pasar por Brawford!

¿No es esto admirable? Es original que yo, que ocupaba el segundo piso, yo el salvaje, según Gervasia, que siempre mostraban desde lejos, era Brawford. Y gracias á mí, gracias á la confianza que yo inspiraba bajo el nombre de Brawford, los banqueros prestaban y los notarios hacían prestar á sus clientes.

Se para violentamente, coge del brazo á su amigo y le dice con tono mezcla de exasperación y de ironía esta frase admirable:

—¡Querido, en la fecha actual, Gervasia me debe 1.500 francos!

El amigo ríe á carcajadas. Verdaderamente, era una bufonada superior.

—Sí, mi amigo, ¡1.500 francos! No solamente no he cobrado ni el primer sueldo, sino que me pidió prestada esa cantidad. ¡Todas mis economías!

¡Arsenio Lupin estafado en 1.500 francos, y estafado por la mujer á quien roba cuatro millones en títulos falsos! ¡Y qué de combinaciones, de esfuerzos y raras genialidades para llegar á tan *bonito resultado!*

—La única vez que he sido derrotado—acaba Arsenio Lupin—, pero esta vez lo he sido en grande, y en los grandes valores, amigo mío.

(Del *J'ai sais tout.*) *(Continuará.)*

Secuestrado en una pocilga de cerdos

La Gendarmería de Blain acaba de descubrir un secuestro, del que ha dado aviso al juzgado de Saint-Nazaire. Hace seis meses, se notó la desaparición de un joven de veintisiete años, llamado León Conëdel, que vivía con sus padres en la villa de Fay-de Bretagne.

Esta desaparición, siendo sospechosa, puso en guardia á la Policía, que empezó una secreta investigación; y el mariscal de leyes de Blain, se presentó hace unos días inopinadamente en casa de los esposos Conëdel, acompañado de M. Lerone, alcalde de Fay.

La esposa Conëdel, muy turbada por esta visita, que estaba muy lejos de esperar, fué interrogada con suma habilidad y terminó por confesar que su hijo León estaba encerrado desde el 25 de diciembre último en una pocilga de puercos. El desgraciado secuestrado, á quien se le habían atado las manos con cadenas á la pared, no tenía por cama más que un montón de estiércol. Tenía que hacer sus necesidades en un rincón inmediato y vivía desde dicha fecha en esa atmósfera nauseabunda, sin aire y sin luz.

Los esposos Conëdel declararon que su hijo no les daba más que disgustos y habían tenido necesidad de encerrarle.

Muy decaído por este largo secuestro, León ha podido declarar que no se le daba de comer más que sopas, y éstas no en cantidad suficiente para satisfacer su apetito. Jamás había pedido misericordia, ante el temor de sufrir peores tratamientos. El juzgado de Saint-Nazaire se ha trasladado al lugar del suceso, para hacer una detenida información sobre este hecho, que ha provocado emoción profunda en toda la comarca.

Una caverna de salteadores. Advertida por una denuncia anónima, la Policía de Budapest ha descubierto una verdadera caverna de salteadores, en el Bosque de la Villa, de la capital de Hungría.

La entrada á la caverna, en un bosque de árboles, estaba disimulada por planchas, hábilmente cubiertas de una espesa capa de arena y cascotes.

La caverna, propiamente dicha, tiene unos diez metros de largo por cinco de ancho, y contiene veinte camas, colocadas á lo largo de los muros, y una gran cocina, con su chimenea, que va á parar á otro bosque inmediato. En un rincón, la Policía ha encontrado gran número de objetos de plata y oro, alhajas, vestidos, etc., que provienen de robos y saqueos, cometidos estos últimos meses en Budapest y sus alrededores.

No ha sido posible coger á ninguno de los habitantes de la caverna. Ellos se han fugado, sin duda, mientras que los agentes, provistos de antorchas y linternas eléctricas, buscaron durante dos horas enteras la dirección previamente marcada cuando descubrieron la entrada.



El presidente preguntó:

—¿Vuestra edad?

—Cincuenta años—respondió el gobernador.

—Manuel Argoso—prosiguió Arbués con voz lenta, metálica, cruel—, se os acusa de haber recibido en vuestra casa á un joven oriundo de una raza herética; joven que profesa sentimientos opuestos á las doctrinas del Santo Evangelio católico romano, y de no haberle denunciado.

—Monseñor, no comprendo lo que queréis decir—respondió Argoso.

—No denunciar la herejía, es fortalecerla—prosiguió el inquisidor.—Vos no habéis podido ignorar que Esteban de Vargas, descendiente de una familia morisca, dista mucho de ser un buen católico, y no solamente le habéis admitido en vuestra casa, sí que también le habéis prometido en matrimonio vuestra única hija.

A estas palabras, el desgraciado gobernador exhaló un profundo suspiro, y corrióle una lágrima por sus pálidas mejillas; pero tranquilizándose luego:

—Monseñor—respondió—, el joven Esteban de Vargas desciende de uno de aquellos nobles caballeros abencerrajes que abrazaron voluntariamente la religión de Jesucristo y se reconocieron súbditos del rey Fernando de Aragón y de la grande Isabel, nuestra gloriosa soberana. Esos caballeros recibieron de nuestros reyes los mismos privilegios de que gozan los señores castellanos; ¿por qué negarles hoy un derecho que adquirieron legítimamente desde el siglo último?

—El que obtiene un derecho, contrae un deber—dijo el inquisidor—, y desde que falta á este deber, pierde su derecho. Profesando don Esteban de Vargas doctrinas contrarias á los santos cánones de la Iglesia, pierde su salvaguardia de buen católico; está contaminado de herejía, y cualquiera que se alíe con él, es reputado hereje y debe sufrir las penas señaladas á este crimen.

—Señor—dijo gravemente Argoso—, os juro bajo mi palabra de honor que don Esteban de Vargas jamás ha pronunciado delante de mí una palabra que no fuese de un piadoso cristiano y de un leal caballero; por lo mismo, no puedo ser cómplice de un crimen que no existe.

—¡Niega!—dijo el inquisidor con aire de compasión, volviéndose hacia sus consejeros, como para consultarles con una mirada.

Los consejeros hicieron un gesto de horror, dirigiendo los ojos al cielo con aire hipócrita.

Esta pantomima era entre ellos muy común, y reemplazaba la rectitud del juicio y la lógica de la palabra, que ninguno de ellos poseía.

Los escribanos iban extendiendo las preguntas y las respuestas, y Pedro Arbués parecía reflexionar.

Hubo un largo rato de silencio, durante el cual aquella alma impetuosa y apasionada se había profundamente recogido en sí misma para buscar un metal de voz agradable, un modo de mirar tierno, palabras llenas de una dulzura evangélica, único lenguaje usado entre los inquisidores, y que ninguno de ellos abandonaba jamás bajo ningún pretexto y en ninguna circunstancia, sea que esto fuese uno de los estatutos de su regla, sea que esa dulzura hipócrita fuese una exquisitísima crueldad; y debe ser así, porque en vano qui iera uno persuadirse de que hacían el mal por convicción, y de que esta mansedumbre estudiada, unida á tanta barbarie, era el resultado de celo por la religión y de piedad para con las víctimas que ellos se «creían» obligados á atormentar de tal modo.

La disolución de sus costumbres contesta victoriosamente á todas las apologías que se podrían hacer de este asunto. La entera pureza de su corazón es la sola garantía de su bondad.

Finalmente, mirando al gobernador de Sevilla con aire de compunción, le dijo:

—Hijo mío, me veis sinceramente afligido por la obstinación que el enemigo del bien ha puesto en vos. Os he amado en Dios, y en medio de mi celo por la santa causa de la Iglesia y de mi sincera amistad por vuestra persona, ruego al Señor que os envíe el espíritu del arrepentimiento y de la penitencia, á fin de que reconociendo vuestras faltas, hagais abjuración solemne y volvais al recto camino que conduce al cielo.

—Padre mío—respondió Manuel Argoso con serenidad—, Dios es testigo de que jamás he tenido ni un solo pensamiento que fuera contrario á la doctrina del Santo Evangelio, y de que siempre le he servido con amor y confianza.

—Pero vos confesais haber tenido relaciones con un morisco—añadió insidiosamente el inquisidor.

—Don Esteban de Vargas no es un morisco—respondió el gobernador—; sino tan buen católico como vos y yo, señor.

—¡Santo Dios!—exclamó el inquisidor—, el espíritu maligno le ciega é insulta á nuestra santa religión.

—Señor—objetó en voz baja uno de los consejeros—, confiesa sus relaciones con don Esteban de Vargas.

Pedro Arbués hizo un movimiento de cabeza que quería decir: «Bien, me servirá esta idea».

—Hermano mío—prosiguió dirigiéndose al acusado—, ¿negaréis también que habéis educado á vuestra hija con sentimientos contrarios al verdadero espíritu de la religión católica y que se ha ocupado de esos perniciosos estudios del Norte á que llaman filosofía?

—Lo niego—respondió el gobernador.

—¿Podéis probarlo?—preguntó el inquisidor.

Volvióse Manuel Argoso hacia la asamblea que ocupaba la parte inferior de la sala, y divisando á varios caballeros que en el tiempo de su prosperidad frecuentaban mucho su casa, exclamó:

—Señores: ¿quién de vosotros vendrá á atestiguar la verdad, y á afirmar que ni Manuel Argoso ni su hija, la noble Dolores, jamás han seguido otras máximas que las del Evangelio? Todo esto lo sabéis, señores, porque mi alma os estaba abierta como mi casa.

En vano aguardó el gobernador una respuesta; todos permanecieron mudos, y bajaron la vista, temiendo manifestar la menor señal de ternura ó de lástima

Manuel Argoso dejó caer los dos brazos con una expresión de desaliento imposible de pintar; volviéndose después hacia el inquisidor, y como iluminado por una inspiración repentina, exclamó:

—Monseñor, apelo de ello á vos mismo: vos veníais todos los días á mi casa, y en vuestra doble calidad de amigo y de ministro de Dios, debéis conocer mejor que nadie mis verdaderos sentimientos, y especialmente los de mi hija.

—Yo no era su confesor—respondió el dominico con voz glacial.

—¡Oh, monseñor!—dijo Argoso con tono capaz de enternecer á una piedra—; monseñor, ¿Dolores está también acusada de herejía? ¿está presa como yo?

—Ahora no se trata de vuestra hija—respondió el inquisidor, que quería adrede prolongar las incertidumbres del infeliz padre—; vos sois el acusado, Manuel Argoso; confesad vuestro crimen, si queréis merecer el perdón del cielo y de la Santa Iglesia.

El gobernador no respondió; sus ojos, ansiosos y febriles, interrogaban á los de Arbués; procuraba adivinar en sus facciones la suerte que reservaba á su hija; pero fué en vano, por

que la fisonomía del inquisidor no reveló nada más que una terrible dureza de corazón, disfrazada con una aureola de amabilidad hipócrita.

—¡Hija mía! ¿qué habéis hecho de mi hija? exclamó el gobernador juntando sus manos suplicante –; respondedme, monseñor, os lo suplico, decidme que nada le amenaza y todo podré sufrirlo.

—Manuel Argoso dijo el inquisidor con voz lenta y melosa—, no es este el momento de ocuparos de afectos terrestres; pensad en Dios y en vuestra salvación, y dejad á la Providencia el cuidado de velar sobre las personas á quienes amais

A pesar de la afectada dulzura de sus palabras, el rostro del inquisidor manifestaba una voluntad inflexible. El padre de Dolores, comprendiendo que nada podía esperar de aquel alma de bronce, bajó la cabeza sobre su pecho, con una resignación y un heroísmo dignos de los primeros mártires.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —pensó, y se mantuvo en silencio.

— Hermano mío - -le dijo el inquisidor con voz más dulce—, confesad al menos que habéis sido tentado por el espíritu maligno Como somos débiles criaturas, no siempre escapamos de sus lazos, á pesar de las mejores intenciones. Pues bien, hermano mío, decidnos que su poder fatal os ha sometido, que os ha hecho más ciego que culpable, y endulzándoos el rigor de los castigos terrestres, procuraremos al propio tiempo salvar vuestra alma de la perdición.

El gobernador no respondió.

—Confesad al menos que os complacía oir las máximas filosóficas y anticristianas, cuyo luteranismo infecta á Europa.

—Ignoro lo que es luteranismo—respondió el gobernador –, pues no me he ocupado de él... Es, efectivamente, preciso que Lutero sea un gran hombre para que trastorne de tal manera el mundo.

A esta atrevida respuesta, toda la asamblea se estremeció, porque había visto salir un rayo siniestro de los ojos del inquisidor. Con mucho menos que esto bastaba para que la Inquisición condenara á un hombre.

—¡Desgraciado! ¡Blasfema! – exclamó Pedro Arbués—; ¡y se entrega!...—añadió entre sí.

Los otros dos inquisidores cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Entonces, es verdad —prosiguió Arbués—, que con razón os acusaron de que profesais secretamente las máximas del enemigo de Dios, y de que sois un admirador de Lutero?

—¿Cómo puedo yo admirar á un hombre á quien no conozco y seguir sus máximas? – respondió el gobernador—; ¿son acaso mejores que las mías? ¿Su religión vale acaso más que la que se me ha enseñado?; y además, ¿quién me acusa? Nombradme el acusador, á fin de que pueda confundirle.

— La caridad cristiana no lo permite—respondió el presidente.—Confesad, hijo mío, confesad y arrepentíos; este es el único medio de salvación que os queda para la otra vida.

—No tengo nada más que decir—respondió el gobernador—; sólo ruego á Dios, que conoce mi inocencia, que la patentice y convenza á mis jueces. Sea cual fuere el enemigo que me acusa, juro ante Dios, que me ve y me oye, que es un infame calumniador; declaro que mi hija Dolores es un ángel. Maldito sea el que ose atentar á su pureza. Con todo –añadió—, ¡cúmplase la voluntad de Dios en ella y en mí; yo confío en el que protege á los inocentes!

Después procuraron abrumarle con preguntas insidiosas y multiplicadas; pero Argoso guardó un silencio que fué imposible hacerle romper.

—¡Desgraciado! él lo quiere—dijo Pedro Arbués con tono de conmiseración hipócrita.

Y volviéndose hacia los hombres enmascarados que permanecían inmóviles como espectros á la derecha del tribunal, tendió la mano señalando con el índice al acusado.

Un estremecimiento glacial corrió por la asamblea; pronto reinó un horrible silencio; no se oyó ninguna respiración en el vacío sonoro de aquella sala inmensa, y se dijera que todos aquellos hombres se habían convertido en mármol.

Sólo los cuatro enmascarados parecieron desprenderse del suelo como fantasmas y andar ligeramente y sin ruido por el pavimento: llegados cerca del acusado, le cogieron, le levantaron casi en sus brazos sin que hiciera ningún movimiento, y desaparecieron con él por una puerta lateral.

(Continuará.)

"El Cristo,, parisién.

Ladrones de 17 y 18 años.—Carrera interrumpida. Uno de los siete durmientes.

Al duro peso de los años se abandonan las doradas ilusiones de los niños; así había yo abandonado aquella regocijada leyenda que tanto encanto me causaba cuando la recitaba ó me la referían. Creía que la famosa historia de los siete durmientes era entretenimiento infantil, pero no cosa cierta y corriente.

¿Habré de modificar mi opinión?

A tal extremo parece conducir el siguiente relato, rigurosamente exacto. La estación del año en que estamos, con sus baños de mar tan atractivos y con las delicias del veraneo, así en la playa como en los establecimientos balnearios, convierte las inmediaciones de París en campo de operaciones de los amantes de lo ajeno, los cuales encuentran allí habitualmente más casas y hoteles, ahora deshabitados, que visitar.

Tres agentes recorrían una de las pasadas noches la calle de Courbevoie, cuando delante del número 55 sorprendieron á un individuo que parecía en acecho á la puerta de una encantadora casita. A la vista de los agentes, el individuo que se hallaba á la puerta entró en el jardín precipitadamente; en este momento surgió otro nuevo bandido tras un macizo, amenazando á aquéllos revólver en mano, en tanto que un tercer sujeto, sin darse cuenta de la inesperada visita de los representantes de la autoridad, trataba de forzar la puerta sobre la escalinata de subida.

El agente Truel, que marchaba en cabeza, gritó al que amenazaba con el revólver:

—Ríndete; es inútil resistir...

Sin hacer caso de esta intimación, el bandido, por toda respuesta, hizo fuego sobre el agente, el cual, felizmente, no fué alcanzado. Truel gritó nuevamente:

—Ríndete.

Un segundo disparo fué la respuesta del malhechor amparado por el macizo. Entonces, un tercer agente que había sido chamuscado por el proyectil, disparó su revólver, oyéndose seguidamente un grito de rabia desesperada. Apoderados de los dos bandidos, los agentes pudieron comprobar, poco después, atraídos por un largo reguero de sangre, que el individuo que sobre ellos había hecho fuego, yacía en tierra inerte. Su crispada mano sostenía aún el revólver que había usado.

Las averiguaciones, sin pérdida de momento practicadas, demostraron que se trataba de una partida perfectamente organizada, constituída por sujetos de filiación antropométrica muy conocida y cuya captura revestía el más alto interés.

El que acababa de encontrar la muerte en este nocturno encuentro, no era otro que el apodado *El Cristo*, de diez y ocho años, ladrón y *chulo* en el más alto sentido de la palabra, sobre el que pesaban algunas condenas.

En el brazo izquierdo notábase un tatuaje diciendo: «Gastón, 1886», y en la tetilla derecha un racimo de uvas con esta otra inscripción: «Viva el vino»

De los otros dos ladrones detenidos, uno de ellos, Luis Pombas, sólo cuenta diez y siete años, y el otro, de poca más edad, tiene ya su nombre de guerra: *Conejo de Montmartre*. El primero no ofreció resistencia al ser conducido ante la autoridad; pero el segundo, que parecía resignado, volvióse rápidamente contra los agentes, á los que golpeó, y sólo á duras penas y con horribles heridas pudo ser sometido.

A las cuatro de la madrugada, cuando el juzgado se presentó en el jardín de la casa donde se había desarrollado esta trágica escena, una ventana del primer piso se abrió, y el señor Ziberer, que todo el mundo creía ausente, hizo su aparición preguntando con alguna inquietud:

—¿Pero, señores, qué vienen á hacer á esta hora en mi casa?

El señor Ziberer ignoraba todo lo ocurrido dos horas antes bajo sus ventanas. No hay para qué pintar su sorpresa, primero, su asombro, después, y su satisfacción, luego, al ver de la que se había escapado.

Y no hay para qué pintar tampoco la sorpresa de los demás, al ver tan profundo, tranquilo y envidiable sueño.

P. de la P. P.



El martirio de la revolucionaria rusa María Spiridinova.—Información de un diario de San Petersburgo.—Comunicado del Gobierno ruso.

Por la prensa francesa tenemos conocimiento de los horribles tratos de que ha sido víctima la revolucionaria rusa María Spiridinova y de los que han sido ejecutores el oficial de cosacos Avramov y el comisario de policía Ydanov.

Hace próximamente dos meses los periódicos rusos y después algunos diarios franceses, publicaron una carta emocionante de María Spiridinova, la revolucionaria que mató al consejero Loujenovsky. Esta carta producía honda emoción en Rusia en virtud de los detalles que contenía sobre el martirio que había sufrido la joven. Los hechos narrados en la carta son tan horribles que se creían excesivamente exagerados.

Un redactor de la *Rouss*, M. Vladimirov, ha hecho una minuciosa información de la que resulta que la verdad es todavía más cruel de lo que revela la carta.

María Spiridinova fué condenada á muerte por el tribunal militar de Tambov; pero su defensor—un oficial de cosacos precisamente - implora á los jueces para que no se lleve á la horca á una mujer, casi una niña, y que ha sido maltratada odiosamente. "Los soldados no matan mujeres„, repite en su brillante discurso.

La víspera del proceso, su abogado civil M. Teslenco, puede obtener, no sin dificultad, una entrevista con su defendida, y he aquí lo que ha contado á M. Vladimirov sobre el tratamiento abominable de que fué víctima Spiridinova:

"Despojada de sus vestidos y cubierta sólamente con la camisa, fué encerrada en una habitación á algunos grados bajo cero. Después de golpearla bárbaramente, Avramov é Idanov le dan grandes puñetazos en pleno rostro. Avramov saca su revólver y la amenaza si no dice quiénes son sus "amantes„ y ante el silencio de María, la golpea la cabeza con la culata. Después varían sus medios de tortura, en los que se ve un instinto satánico. Muchas veces ella se encoge para cubrir sus desnudeces con su cabellera, pero otras tantas la ponen derecha á fuerza de golpes, la golpean sin cesar en la cabeza, en el pecho, en las espaldas... Pero los momentos más atroces son cuando Avranov la arranca la piel de las partes heridas. Ella apretaba los dientes para no gritar; pero el cosaco le dice: —Querida mía, no apretéis los dientes así... ya los abriréis— y le arrancaba otra tira de piel...„

Un agente de policía que fué testigo un instante de estas terribles escenas, y por consiguiente arrestado por haberlas contado, dice:

"Yo tenía frío bajo mi capote y á ella se la tenía desnuda completamente. La arrancaban los cabellos y se la fustigaba con un látigo; después la tiraban al suelo, la pisoteaban y volvían á levantarla á fuerza de tirones del pelo; para volver á golpearla.„

Otro testigo, un suboficial de cosacos, añade:

"Yo soy valiente, pero tiemblo al solo recuerdo de lo que esa joven ha padecido.„

En fin, los procesos verbales del juez de instrucción y del médico de la carcel confirman enteramente estos testimonios.

He aquí, sin embargo, el resumen del comunicado del Gobierno. Empieza así:

"En virtud de las protestas que la prensa continúa formulando contra la inacción de las autoridades judiciales en el asunto María Spiridinova, el Ministro de Justicia estima necesario declarar que los hechos de la instrucción del sumario han establecido lo siguiente...„

Después de dar los detalles del asesinato de Loujenovsky y confirmados los malos tratos de que fué objeto María Spiridinova sobre el lugar del atentado, el comunicado continúa:

"La joven Spiridinova ha sido sometida al examen médico y los procesos verbales mencionan las lesiones que le causaron; son consideradas por los facultativos de bastante graves, poniendo, algunas veces, en peligro la vida de la acusada„.

El comunicado añade que el comisario de policía Ydanov ha sido destituído de su cargo y está bajo la acción de la justicia. En cuanto al oficial de cosacos Avramov, la instrucción no ha comprobado el hecho de violación que se le atribuyó en algunos diarios. No es acusado más que de malos tratos en la persona de María Spiridinova. Todo esto, que es lo concerniente al Ministerio de Justicia, ha sido enviado al de la Guerra, único competente en este asunto.

Ultimamente, un despacho de San Petersburgo nos anucia que á María Spiridinova, después de algunos días de incertidumbre, le ha sido conmutada la pena de muerte por la de trabajos forzados á perpetuidad. Pero su salud, muy comprometida - pues tiene grandes vómitos de sangre—hace temer una muerte próxima.

Otro telegrama comunica la noticia de que María Spiridinova llegó á Moscou presa para ser deportada y que á pesar de todas las precauciones que se tomaron fué reconocida por el público.

Al extenderse la noticia por la ciudad, más de 7.000 obreros y ciudadanos de todas las clases sociales atacaron el tren y separaron el vagón en donde iba encerrada María. La sacaron fuera, en medio de grandes aplausos y de cantos revolucionarios. La ofrecieron su evasión, mas ella se negó, diciendo que no quería abandonar á sus compañeros de destierro.

Las tropas que las autoridades mandaron allí destacadas, cuando se pusieron al corriente de todo, se negaron á disparar sus fusiles.

La joven María cuentan que estaba débil, pero su ánimo siempre indomable. —X.

Un malhechor, á quien los agentes perseguían, se refugió en una casa del boulevard de la Chapelle y penetró en una habitación de un piso. En él y en cama, bastante enferma, se encontraba Mme. Berthe Landry, con quien se encara el bandido y le dice: «Si quiere usted salvar la vida, tiene que afirmar que soy su médico.» En este momento llegaron los agentes. Aterrorizada Mme. Landry, miente para salvar al ladrón, pero los agentes, que le conocían bien, no se dieron por vencidos y procedieron á su arresto.

En Cracovia, una mujer llamada Mariana Konopkova, ha sido encarcelada por haber matado á treinta niños que le habían sido confiados para su cuidado. Esta desnaturalizada mujer, ahorcaba á los pobrecitos niños y los enterraba en el campo, donde han sido descubiertos sus esqueletos. Cobraba mensualmente la pensión que los parientes le habían señalado por sus cuidados y no cesaba de escribirles buenas nuevas de los infortunados bebés.

Los delitos modernos.

El que estudia el delito en las cárceles y en los tribunales, pronto llega á advertir que no solamente progresamos en el bien, sino también en el mal, así como que cada progreso va seguido de una nueva forma de delito.

Vamos á exponer, ligeramente, el aprovechamiento que de ciertos inventos han hecho los criminales.

Delitos químicos.—Entre los más nuevos, se cuenta el delito por medio de las modernas aplicaciones de la química, no solamente en la adulteración de alimentos ó en la preparación de venenos de fácil descomposición y difícil descubrimiento, sino también en otras direcciones.

Una de las aplicaciones, en grande escala, era la de la máscara de cloroformo, que se usó muchísimo en Londres. Cada día aparecían en el Támesis dos ó tres cadáveres de fuertes comerciantes completamente desvalijados.

Alguna vez se les encontraba con el sombrero sobre los ojos, sentados, envueltos en el abrigo, sin el menor signo de violencia; pero exhalando un fuerte olor á cloroformo. Era evidente que los asesinos asfixiaban á sus víctimas. También, desde que los comerciantes se retiraban de los *docks* á las siete de la noche, se infería que los crímenes se cometían con la complicidad de la niebla que había á aquella hora.

Pero ¿cómo operaban los malhechores para conseguir su criminal propósito? ¿Cómo hacían para esquivar la vigilancia de la Policía?

Procediendo según los indicios que se habían reunido, algunos hábiles policías que tenían á su cargo el descubrimiento de los asesinos, comenzaron á notar—hecho digno de tenerse en cuenta—que de algún tiempo atrás, y hacia aquella hora, se veía en las calles de los *docks* un número de ebrios superior al que comprobaba la estadística, en verdad muy imponente, de la intemperancia inglesa. Además, los agentes advirtieron ciert s grupos, que continuamente encontraban en la orilla del río, formados siempre por tres personas: un borracho, á quien dos amigos sostenían por los brazos y al que fraternalmente acompañaban á su casa. La extraña insistencia con que se repetían estos hechos, indujo, por fin, á la Policía, á no perder de vista estos grupos enigmáticos.

Al primero á que se aproximaron los *policemen* se disolvió como por encanto: los dos amigos huyeron rápidamente y el borracho cayó sobre el pavimento. Recogido y examinado, se notó que era un cadáver, cuya faz estaba cubierta con una máscara, maravillosamente modelada: un rostro humano vulgar, sumamente ligado sobre el propio, por medio de un pañuelo, atado sobre los temporales.

Quitada la máscara, se comprobó que estaba impregnada de cloroformo. Era absolutamente cerrada, no tenía abertura ni para los ojos, ni para la nariz, ni para la boca. Venda y mordaza, á la vez, cegaba y sofocaba. El cloroformo que contenía, sólo servía para atontar á la víctima.

Una vez aplicada la máscara, el hombre se volvía un autómata que no podía ni gritar ni defenderse. Los ladrones lo paseaban en medio de la niebla, lo desvalijaban completamente, y luego lo acomodaban en un callejón ó apoyado contra una empalizada, cuando no les resultaba más cómodo arrojarlo al río.

Otra de las aplicaciones químicas es la pastilla narcótica.

El gran duque Vladimiro iba de Moscou á Malakoff, en ferrocarril, en un departamento de primera clase, en el que viajaban también otras dos señoras.

Entablada la conversación y después de algunos momentos, una de ellas ofreció al duque una pastilla que lo adormeció; las *señoras*, aprovechando su sueño, le robaron la cartera.

No hablemos de los ácidos ni del vitriolo, que se emplea para deformar, especialmente á las mujeres, con propósitos de venganza; ni de los venenos rapidísimos de cianuro de potasio, algunos de los cuales, agregado á un caramelo basta para matar á un hombre.

Además, la química viene también á facilitar los robos.

En Tallehoen, dos jóvenes alemanes saquearon la oficina postal, abriendo sin ruído ninguno la caja de hierro en menos de media hora, mediante una lámpara de acetileno, alimentada por una corriente de oxígeno, con lo cual fundieron las cerraduras.

(Concluirá.)

La nigromancia de las manos, según la gente maleante y supersticiosa.

Los dedos.

Pulgar.—La primera falange indica voluntad; la segunda, raciocinio; la tercera, comprendiendo el comienzo del monte de Venus, amor.

Indice.—(Primer dedo, dedo de Júpiter) *largo*, *huesoso*, revela un espíritu inquieto; terminado en *punta*, anuncia disposiciones perversas; *espatulado*, una fuerza exuberante en las acciones; *cuadrado*, amor á la verdad, al orden, á la economía. La mujer que tenga los dedos cuadrados es aquella que el hombre debe elegir por esposa—; ella será la seguridad; será fiel, activa, compañera y asociada á nuestra vida.

Medio. - (Segundo dedo, dedo de Saturno) *punteado*, frivolidad; *cuadrado*, prudencia; *espatulado*, actividad.

Anular.—(Tercer dedo, dedo de Apolo) *punteado*, amor á las artes y á las quimeras; *cuadrado*, amor á la verdad y espíritu superior; *espatulado*, talento dramático.

Auricular.—(Dedo pequeño, dedo de Mercurio) *punteado*, elocuencia, persuasión, diplomacia, astucia; *cuadrado*, entendido en negocios, jugador afortunado.

El índice y el medio muy juntos, cuando la mano está abierta, indican *independencia de pensamiento*, el anular y el auricular muy alejados, *independencia en las acciones;* si todos los dedos están muy juntos: *originalidad*, *confianza en sí mismo.*

Las terceras falanges muy gruesas en sus bases revelan la *gula;* las primeras falanges encorvadas en la parte superior, hacia adelante, *avaricia;* encorvadas hacia atrás, *extravagancia.*

El pulgar encorvado hacia la palma de la mano revela *avaricia;* en el otro sentido, es decir, hacia afuera, *generosidad.* (Ver el grabado del número anterior.)

Nota cómica.

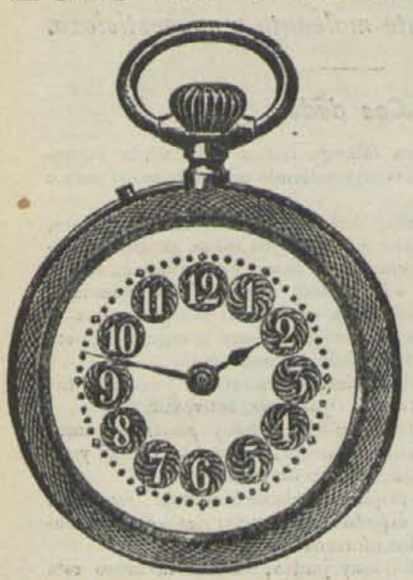


—¡Pero hombre, qué manera de chillar! Si sigues así vas a acabar por alborotar á toda Europa.

Gran Relojería de París.

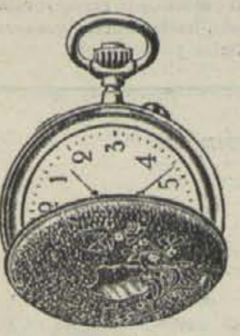
LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



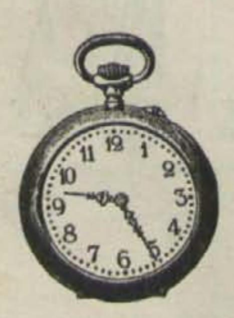
El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior. .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero (Elegante) .. **18.50** —
Idem de níquel puro (Idem). **18.50** —
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas.**
Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

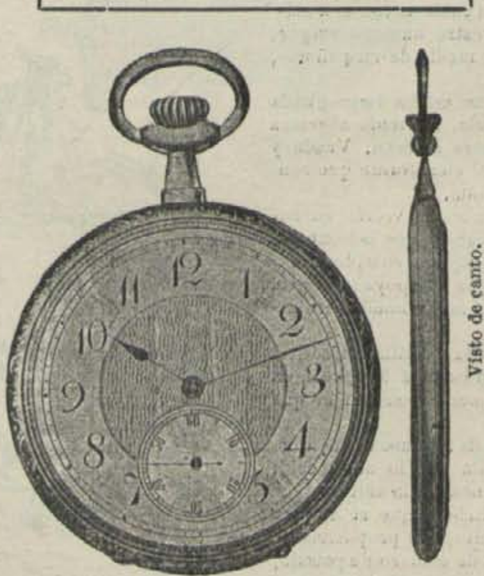
En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

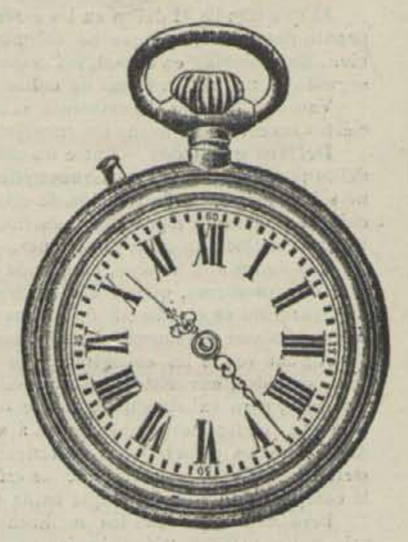
Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**
Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.
NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.* Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.
El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**
En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

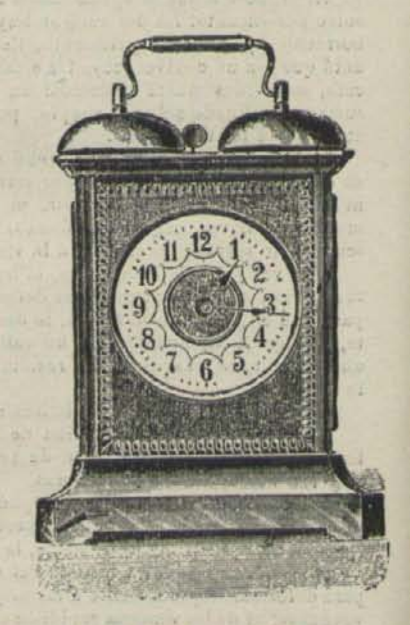
De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.
En acero azulado.... .... **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano).... . **25** —
Idem en plata. .... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación.... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.
Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.